



Madrid 24 de Febrero de 1862.

SUMARIO. ARTICULOS.—Los cuatro puntos cardinales, por don Juan Cuesta.—Los Aleluis [poesía], por doña María del Pilar Sinués de Marco.—El Halconero, por don José S. Biedma.—Historia de España: Don Ramiro I.º, por don A. Pirala.—Un grano de trigo que produce mil espigas [conclusion], por doña Angela Grassi.—La Herradura.—Fábula.

GRABADOS. El Halconero.—D. Ramiro I.º—Batalla de las Navas.

LICEO DE LOS NIÑOS.

VI.

LOS CUATRO PUNTOS CARDINALES.



NA vez esplicada la figura de la tierra, fácil nos será comprender el modo con que aparece el sol en el Oriente, y pasando sobre nuestras cabezas se oculta en el Occidente, dejándonos sumidos en tinieblas hasta la aurora del siguiente día.

Animada la tierra de un movimiento continuo de rotacion, en virtud del cual da una

2.ª SÉRIE.—Tomo I.

vuelta completa en el espacio de veinte y cuatro horas; la mitad del tiempo estará viendo al sol y la otra mitad lo perderá de vista. Mas claro: la tierra irá presentándose al sol por todos sus lados, pero no tendrá nunca mas que una mitad alumbrada por este astro, mientras la otra estará completamente á oscuras.

De aquí resultará forzosamente que cuando para los habitantes de uno de los lados ó hemisferios sea de día, será de noche para los que vivan en el lado opuesto, y que para unos empezará el día cuando oscurezca para los otros. Sucederá tambien que habrá lugares que darán una vuelta muy grande, mientras otros parecerán inmóviles ó la darán muy pequeña, segun el sitio mas ó menos distante que ocu-

Núm. 7.º

pen del eje en que gira el globo, y para cuya inteligencia habremos de valernos de un sencillísimo ejemplo.

Figurémonos que la tierra es una naranja atravesada por una aguja de acero; fijemos los extremos de la aguja y hagamos á la naranja dar vueltas sobre el eje que la traspasa de parte á parte. Los puntos de la naranja mas cercanos á la aguja darán una vuelta muy pequeña, mientras que los mas distantes tendrán que describirla tan grande como sea la circunferencia de la fruta.

Pues bien, lo que aquí sucede en pequeño acontece con la tierra, por mas que no esté realmente atravesada por un eje; dando, como hemos dicho, una vuelta completa sobre sí misma, habrá forzosamente puntos que describan una circunferencia muy grande, mientras habrá otros que inmediatos á el eje parecerán inmóviles.

A estos puntos extremos, á estos ejes imaginarios sobre que nos figuramos girando á la tierra, se los ha dado el nombre de Polos, llamando á uno polo Norte para diferenciarle del otro, al que se ha apellidado polo del Sur.

Si colocados en un sitio despejado, de manera que podamos descubrir perfectamente el horizonte en todas direcciones, damos la espalda al polo Norte, mirando de frente al Sur, llamado tambien Mediodía, tendremos á nuestra izquierda el Oriente, llamado así porque *orior* en latin significa nacer, y Oriente es el sitio por donde nacen ó aparecen los astros á nuestra vista. A la derecha tendremos el Occidente, nombre derivado tambien del verbo latino *occido*, que significa morir, y que es verdaderamente el punto por donde se esconde el sol y la luna; donde muere para nosotros el día, y por donde se retira tambien la noche á los primeros rayos de la aurora.

El conocimiento de estos puntos llamados cardinales es de una utilidad inmensa, siempre que queremos explicar la situacion de un pais respecto del punto en que nos encontramos, ó cuando caminamos por terrenos desconocidos.

Sin el auxilio de los puntos cardinales, los navegantes no podrian verificar sus viajes, pues

en el mar, donde no hay caminos, ni montañas, ni señal alguna que indique el rumbo á las embarcaciones, no habria modo de averiguar si iban acertados, ni de conocer que viento era el mas favorable para su derrotero. De poco servirian los mapas ni la aguja de marear, pues uno y otro son objetos que solo sirven al que tiene conocimiento de aquellos, siendo completamente inútiles para los que los ignoran.

Dia llegará en que nuestras lecciones tocarán mas detenidamente este estudio. Entonces haremos ver el prodigioso misterio de la aguja y el importante servicio de los mapas. Por hoy hemos limitado nuestra tarea á la explicacion de los puntos cardinales, que en número de cuatro tienen, sin embargo, muchos nombres, que denotando una misma cosa pudieran inducir á confusion.

El Norte se ha llamado tambien polo Boreal ó Artico; el Sur se llama igualmente polo Austral ó Antártico; el Oriente, Este ó Naciente, y el Occidente, Oeste, Poniente y Ocaso.

De estos cuatro nombres principales se componen otros cuatro secundarios, para denotar con ellos los puntos intermedios. Así cuando queremos indicar un punto entre el Norte y el Este, decimos Nordeste; entre el Este y el Sur, Surdeste; entre el Sur y el Oeste, Sudoeste; y entre el Oeste y el Norte, Noroeste.

Despues de estas esplicaciones, ya no nos será difícil dar nombre á los vientos reinantes, si nos perdiéramos en el campo en un dia de sol despejado, teniendo cuidado con el sitio por donde habia salido este astro y adonde se dirigia al ponerse. Ni tampoco nos veríamos muy apurados para decidir cuál seria el viento mas favorable para hacer un viaje marítimo, si antes de embarcarnos teníamos la precaucion de averiguar hácia qué punto cardinal nos dirigiáramos y de cual otro habíamos de procurar alejarnos. Pero si confesarémos que este estudio tan sencillo, esta leccion tan fácil y á primera vista despreciable, es demasiado importante para el hombre, cuya inteligencia saca partido de las cosas mas triviales, llegando á veces á servirse de ellas para las mas importantes empresas.

JUAN CUESTA.

LOS DOS ALELÍES (1).

Allá, en un huerto frondoso,
Y cabe una tapia oscura,
Ostentaba su frescura
Un pobre arbusto aromoso.

Sus galas eran sencillas
—Si es que le adornaban galas—
Y del Otoño las alas
Esparcían sus semillas.

En un tejado vecino
Una de aquellas cayó,
Y allí otro arbusto nació
Mas joven, mas peregrino.

Hijo de aquel que vivía
Siempre en la tierra humillado,
El ingrato, ya medrado,
Al padre desconocía.

Y meciéndose en la altura
De su impensada grandeza,
De su padre la pobreza
Despreciaba en su locura.

Mas un día, el viento ufano
Sus furores desató,
Y del tejado arrancó
Al joven culpable y vano.

—Ven á mi seno—le dijo
El padre:—aunque no te cuadre;
Que siempre perdona un padre
A su desgraciado hijo.

Aquí hallarás nueva vida;
Aliento, sávia y perfume,
Que mi vida se consume
Por el dolor combatida.

Vive tú, y que muera yo:—
Tal dijo el padre amoroso,
Y en su ramaje frondoso
Al hijo ingrato abrigó.

La joven planta, otra vida
Fuerte, nueva, volvió á hallar,
Que el padre quiso dejar
Su pobre cama mullida.

Mas no hay flores, no hay contento
En esa maldita planta,
Que aunque erguida se levanta
La mata.... el remordimiento!

[1] Estos versos sirven de introducción á la leyenda tercera del libro que, con el título de *El cetro de flores*, está escribiendo su autora, y que dedica á S. A. R. el Príncipe de Asturias.

Y vé con profundo duelo
Que su aroma hereditario,
Con su padre solitario,
Con su padre, subió al cielo!

Tened en lección tan santa,
Jóvenes, los ojos fijos....
¡Dios, de los ingratos hijos
La audaz soberbia quebranta!

MARIA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

EL HALCONERO.

La halconería era el arte de enseñar, adiestrar y emplear las aves de rapiña en la caza de volatería. Este arte fué desconocido de los griegos y romanos, no hallándose en ninguno de sus diccionarios las palabras que han empleado todas las naciones modernas para nombrar los diferentes objetos que constituían esta diversion. A pesar de la estimación que obtuvo en la edad media, este arte ha caído completamente en olvido desde últimos del siglo pasado.

Hasta la abolición del feudalismo, los nobles de todos los países hicieron de las halconerías, pues así se llamaba también el lugar donde se encerraban los halcones, una de las principales dependencias de sus dominios, y con frecuencia se juzgaba de la importancia de una tierra señorial por el aspecto de este establecimiento, considerándole como una residencia pasajera, como un lugar de cita para la caza. Las halconerías mas célebres y mejores eran las de Alemania, Inglaterra, y la de Versalles, en Francia.

El cargo de halconero, que concedían todos los señores á uno de sus vasallos, llegó á ser en este último país una de las grandes dignidades de la corona, llamándose Grande halconero de Francia el jefe que tenía á sus órdenes á todos los dependientes de este ramo, y ejercía al mismo tiempo la superintendencia de la halconería. En un principio estuvo unido al de gran cazador, pero despues se separó de él. El Gran halconero prestaba juramento de fidelidad en manos del rey. El origen de este empleo se remonta á Pipino, monarca de la raza carlovingia. Mas el primero de estos jefes de que hace mencion la historia, es Juan de Beaune, que desempeñó este destino desde 1250 á 1258 en el reinado de S. Luis. Eustaquio de Grancourt, señor de Viry, fué el primero que llevó el título de Gran halconero de Francia, contentándose sus predecesores con llamarse simplemente jefes de la halconería del rey. En tiempo de Francisco I tomaron una estension considerable los emolumentos y

derechos de estos oficiales. El Gran halconero cobraba 4.000 florines anuales, tenía á sus órdenes cincuenta géntiles hombres, cuya renta sin ser tan grande como la suya, lo era bastante sin embargo, y cincuenta ayudantes á 200 francos cada uno. La halconería se empezó á aumentar tanto desde entonces, que el rey llegó á reunir 300 pájaros.

Los grandes halconeros estendieron al mismo tiempo sus privilegios, comenzando desde luego por abrogarse el derecho de cazar en todas estaciones y en todos los lugares del reino. Todos los vendedores de halcones estaban obligados, so pena de confiscación de sus pájaros, á presentárselos antes de ponerlos en venta para que escogieran los que pudiesen convenir á la halconería del rey. Le estaba reservado el derecho de presentar el halcón al monarca, cuando éste quería lanzar él mismo su pájaro. En tiempo de Luis XIV, el cargo del Gran halconero se aumentó mucho mas todavía y los gastos de la halconería real subieron á sumas enormes. Luis XVI procuró reformar estos abusos, pero no lo consiguió, y no cesaron completamente hasta que la revolución derribó á la monarquía. En la cronología de los grandes halconeros de Francia se cuentan los personajes mas ilustres de aquel país, figurando entre ellos los duques de Brisac y de Luynes, condes de Marets, etc.

La obligación principal de los halconeros era enseñar á los halcones que, como no se multiplicaban en el estado doméstico, se los procuraban, ya cogiéndolos de pequeños en el nido, ya haciendo caer en redes á los mayores. Estos últimos eran encadenados inme-

diatamente, y durante tres dias y tres noches los llevaban en la mano, provista de un guante, sin dejarles descansar ni dormir. Cuando estaban rendidos, los cubrían la cabeza con una caperuza que los privaba de la luz, y cuando se los creía bastante domados, les quitaban la caperuza, que á veces les volvían á poner

para asegurarse de su docilidad. En seguida acostumbraban al pájaro á saltar encima del puño para coger el alimento, que consistía en carne de vaca ó de carnero partida en pedazos largos y delgados, quitándola precisamente la grasa y tendones. Durante la comida animaban á los pájaros con un grito particular, pero siempre el mismo, para que pudiesen reconocerle. No se empezaba á enseñarlos hasta que tenían todas las plumas y volaban con facilidad.

Del ejercicio anterior pasaban al de colocar el alimento á los halcones en la imagen ó figura de otro pájaro, la que no se les presentaba nunca sin una señal que formaba parte de su educación, y cuando habian llegado á familiarizarse con el género de caza á que se les destinaba. Todas estas maniobras se hacían en la jaula, y cuando sufría esta última prueba se le volvía á poner en libertad. Se empleaba cerca de un mes para en-

señar á un halcón, quince dias solo para la educación de los cogidos en el nido, un poco mas para los que habian hecho la primera muda, y lo mismo para los que habian tenido dos ó mas. Así se enseñaba á los gerifaltes y á el halcón peregrino que cogían las cigüeñas, milanos, liebres, etc. Las especies pequeñas, como el esmerejon y el buaro, cogían perdices, alondras, etc. Los halconeros distinguían dos clases de



El Halconero.

vuelos; el alto, que era el del halcon sobre la garza, ánade y grulla, del gerifalte sobre el sacre y el milano; y el bajo, que era el del alcotan y el terceruelo, sobre los faisanes, las perdices, codornices, etc.

La reunion de los medios empleados para hacer á las aves de rapiña dóciles y obedientes se llamaba enseñanza.

Los halconeros acompañaban tambien á los reyes y señores en las cacerías, y aun en las guerras, llevando por lo comun los halcones en pirmelas, especie de marco metido en el cuerpo y pendiente de un cordon.

El grabado representa al halconero con el ave en el puño izquierdo, y lleva un calzado que merece alguna explicacion.

Una de las modas mas singulares de la edad media eran los zapatos, llamados en Francia á la *poulaine*, que terminaban en una especie de pico mas ó menos largo, segun el rango de la persona, y que se adornaban extraordinariamente. El origen de esta moda se atribuye á Enrique II de Inglaterra, que aunque de hermosa presencia, tenía un pié muy largo, y para disimular esta deformidad, inventó unos zapatos con puntas muy largas, cuyo uso, que por adulacion imitaron los cortesanos, se generalizó despues entre las demás clases.

JOSE SANCHEZ BIEDMA.

HISTORIA DE ESPAÑA.

DON RAMIRO PRIMERO.

Ya no era la pequeña pero gloriosa monarquía de Asturias la que fundó D. Pelayo con su valerosa hueste. A ella se habian ido acogiendo los fugitivos de

otros pueblos, especialmente los fronterizos á los moros, y habian ensanchado grandemente el reino que ya nacia vigoroso, porque estaba muy arraigado en sus pobladores el sentimiento religioso y el de la patria, sublimes siempre, y mas entonces que se necesitaba tenerlos muy grabados en el corazon, para que hicieran los que les espermentaban los sacrificios y aun los milagros que tan crítica situacion exigia. Por la fé y por la patria peleaban acaudillados por los sucesores de D. Alfonso el Católico; por la fé y por la

patria derramaban su sangre, y con ella afirmaban el suelo en que vivian y amasaban los cimientos de la que habia de ser, andando el tiempo, la nacion mas poderosa del mundo.

Llorado de todos fué D. Alfonso II el Casto, y aunque no dejó heredero á quien elegir para sucederle, recomendó á los magnates y prelados dieran la corona á D. Ramiro, el hijo de Bermudo el Diácono, al que tanto debió Alfonso, y le eligieron, conocedores como eran de las buenas prendas que le adornaban, y fué Ramiro, el primero de su nombre.

Hallábase ausente á la sazón en Castilla, adonde habia ido á casarse con la

hija de un noble; y valiéndose de su ausencia el conde Nepociano, y auxiliado por sus parciales se apoderó del cetro. Corre Ramiro á quitársele, halla resistencia, y se dirige á Galicia, reuniendo en Lugo numerosa hueste.

Al frente de ella, y mostrando que merecia el cetro que le habian conferido, va en busca de su contrario, al que bate y destroza á orillas del Narcea, y le hace prisionero. Para que sirviera de justo escarmiento, y contuviera el ejemplo á otros ambiciosos, le mandó sacar los ojos y lo encerró perpétuamente en un monasterio.

Pero aun tuvo que aplicar otra vez tan terrible pena, prescrita en las leyes godas, mandando mas adelante ejecutarla en el conde Aldroito, que tambien ambicionó el trono.



Don Ramiro I.º

Grande era entonces el desprecio que se hacia de la vida, cuando á la vista de tales precedentes aun se levantó un nuevo competidor á la corona, Penñolo, y se le castigó con mas fuerza, porque fué condenado á muerte con sus siete hijos.

Tales actos de severidad y de rigor, necesario en aquel tiempo en que estas turbulencias retrasaban la reconquista, hizo que los cronistas antiguos llamasen á D. Ramiro, *el de la vara de la justicia*.

Libre ya para poder atender á lo que el reino exigía, se le presentaron unos nuevos y estraños enemi-

aun se ostentan junto á Oviedo los magníficos templos de San Miguel de Lino y de Santa María de Naranco, monumentos gloriosos que hemos visitado con veneracion, condoliéndonos de su deplorable estado, á pesar de los esfuerzos de la ilustrada comision de monumentos históricos de Oviedo.

Desgraciadamente fué corto el reinado de D. Ramiro, que duró seis años solamente, muriendo sentido de todos, el año de 850 de nuestra era, y está enterado en la catedral de Oviedo en el panteon de los reyes.



Batalla de Clavijo.

gos en las costas de Asturias y Galicia, y voló á ellas y rechazó á unos piratas normandos, ú hombres del Norte, que arribaron causando talas y destrozos.

Atendió en seguida al enemigo comun, los árabes, y los venció en dos encuentros que no espican las antiguas crónicas, como tampoco el que venciera en Clavijo, batalla ruidosa, por la que se ha supuesto libertó al reino del tributo de las cien doncellas, é imponiendo á resultas el voto de Santiago en memoria de la aparicion del Apostol en ella, cuyo gravámen suprimieron últimamente las Cortes de Cádiz.

Cuando no ocupaban á Ramiro los cuidados de la guerra, atendia á la sombra de la paz, á la prosperidad de la monarquía y al enaltecimiento de la religion; y

En lo mucho que hizo en tan poco tiempo, mostró lo que hubiera hecho en mayor espacio.

A. PIRALA.

UN GRANO DE TRIGO QUE PRODUCE MIL ESPIGAS.

[CONCLUSION.]

II.

Se pasaron diez años: París, el lugar de las impresiones fugitivas y de los frívolos pensamientos, esta-

ba seriamente preocupado por una nueva invencion, que proporcionaba á mil desdichados séres un inmenso beneficio.

Como el abate L'Epée, que acababa de arrancar á los sordo-mudos de su estado de completo aislamiento, para hacer que fuesen miembros útiles de la sociedad, otro generoso bienhechor del género humano habia imaginado hacer menos lúgubres y densas las tinieblas que cubren los ojos de los ciegos, y que ya que no material, espiritualmente, pudiesen gozar de todas las bellezas de la creacion, y aun ocupar en las artes, en las letras y en las ciencias un lugar tan preeminente como aquellos á quienes es dado saludar la luz del dia.

En París no se hablaba á la sazón mas que del hombre extraordinario que habia podido concebir y llevar á cabo semejante empresa.

En efecto, inventar caracteres esclusivos para los ciegos, enseñarles á distinguirlos por medio del tacto, á componer palabras y frases, á leer por medio de los dedos las obras impresas con esos caracteres, y suplir así por el tacto la falta de la vista, parecerá hoy sin duda una invención muy sencilla, porque es así como se juzga de todos los descubrimientos despues de haberlos conocido. Pero este como todos los demás tenia su secreto, que era preciso adivinar, y esto no podia suceder hasta que apareciese el hombre designado por la Providencia para mejorar la condicion de toda una clase de séres desdichados. Porque este hombre necesitaba tener una fé ardiente, una caridad sin límites, una voluntad invencible. Despues de haber descifrado él mismo el enigma, érale preciso descifrarlo á los ojos apasionados ó indiferentes de los demás; desafiar la burla y el desden de los que califican de necio todo aquello que no conciben; hallar discípulos dóciles que se sometieran á su enseñanza, y hacer cuantiosos dispendios para fabricar los objetos necesarios á la misma.

Tiempo hacia que este generoso proyecto bullia en su imaginación, sin hallar el medio de darle feliz cima, cuando una casualidad fortuita y muy sencilla, vino á iluminar su mente. La casualidad que hizo fijar las miradas de Juan Bautista Porta en los objetos que se reflejaban en la pared de su aposento, cuya ventana estaba entornada, inspirándole la idea de la cámara oscura, que dió vida al daguerreotipo y á la fotografia; la casualidad que hizo caer la manzana á los pies de Newton, descubriéndole la armonía de los mundos; esa casualidad, llamada así por el vulgo, que no es otra cosa que la luz divina que viene en un momento dado á esclarecer la mente humana, fué la que reveló tambien al generoso bienhechor de los ciegos desvalidos el modo de plantear su sistema y recoger ópimos frutos.

El mismo cuenta que un dia, atormentado como siempre por su secreta idea, pasó por delante de ocho

ó diez ciegucecitos, los cuales llevando anteojos para encubrir la inmovilidad de sus pupilas, y fingiendo leer en los papeles de música que tenian delante, daban un concierto al aire libre.

«¿Por qué, se dijo á sí mismo, no se habia de poner al alcance de esos infelices los conocimientos que finjen poséer de una manera tan ridícula? ¿El ciego no distingue por ventura los objetos por la diversidad de la forma? ¿Por qué no habia de distinguir un *mi* de un *sol*, una letra de otra, si los caracteres que los representasen fuesen de bulto?»

Una vez hallada la clave, le fué fácil á la perseverancia descifrar el enigma. Sobre esta pequeña base fundó todo su sistema de instruccion, al cual apenas se han añadido despues algunas ligeras modificaciones.

Aunque este generoso rival del abate L'Epée gozaba de una regular fortuna, privábase como aquel de lo mas necesario para que no careciesen de nada sus amados discípulos, sus hijos, como él los llamaba, y así, tras muchas vigiliias, afanes y sacrificios, logró por fin fundar una escuela (1).

El dia de su apertura fué un gran dia para París. Pueblo y nobleza, cuyo entusiasmo á favor del inventor estaba vivamente escitado, se disputaron el privilegio de asistir al solemne acto, que debia ser presidido por el mismo rey.

¡Ah, sí! el bondadoso rey que algunos años mas tarde debia ceñir la corona del martirio, la interesante María Antonieta, tan escarnecida luego y calumniada, nunca dejaban de tender su mano protectora á los que de un modo ó de otro intentaban mejorar la condicion de su amado pueblo, y la caridad siempre encontraba fácilmente el camino de sus almas.

Aquel dia, se dirigieron ambos llenos de gozo á la nueva escuela rodeados de toda su corte, y seguidos del pueblo, que poblaba el aire con fervientes bendiciones.

Los reyes ocuparon un trono improvisado en el modesto salon, en donde debia tener lugar el certámen; á su alrededor en banquetas de terciopelo, sentáronse las damas, permaneciendo detrás de ellas, y de pié, los caballeros, mientras junto á la puerta se agrupaba el pueblo, ávido, curioso é impaciente.

¡Oh, qué momento aquel!

Mas de doscientos niños de ambos sexos, pobremente vestidos, pero limpios y con ademan risueño, se presentaron en la sala, yendo á arrodillarse junto al estrado.

Luego, despues de un sentido discurso del bondadoso institutor, los unos se pusieron á leer correctamente, los otros resolvieron problemas de aritmética,

[1] P. A. Dufau. Anales de la Charité, 2.^a Année.

muchos tocaron con perfeccion diversos instrumentos, y hasta hubo entre ellos, quien presentase composiciones en verso, dedicadas á los reyes, y que eran brillantes partos de su ingenio. En cuanto á las niñas, respondieron con seguridad á las preguntas de moral y religion, y se mostraron instruidas en todos aquellos útiles conocimientos que son indispensables á su sexo.

Los reyes no podian ocultar su sorpresa, el pueblo su entusiasmo.

—¡Venid! exclamó María Antonieta con efusion, dirigiéndose al orgulloso y satisfecho maestro, venid á recibir el único premio que puede otorgaros la majestad de la tierra: otros mas imperecederos os reservará la majestad del cielo!

El institutor se acercó trémulo y conmovido al estrado, y se arrojó, para que María Antonieta colocase la medalla de honor en su noble pecho.

—¡Ah, señora, la dijo entonces en voz baja besándola la mano: en dónde se siembra un grano de trigo, se recogen millares de espigas! ¡A vos! ¡A vos os lo deben todo esos infelices ciegucecitos!

—¿A mí?

—Desde que hace quince años, próximo á perder la vista, fui salvado por los desvelos de una noble dama, mi solo pensamiento ha sido hacer fructificar el beneficio.

—Valentin Huy... ¡es verdad! murmuró la reina.

—Y mi bienhechora se llamaba María Antonieta: hé aquí el talisman, añadió sacando de su pecho un pañuelo, que me reveló su nombre, que me ha dado fuerzas para todo!

La reina puso vivamente la mano sobre sus labios y se levantó.

—¡Hijos, hijos! ¡esclamó dirigiéndose á los niños, yo quiero de aquí en adelante ser vuestra madre! ¡Venid á mis brazos, venid!...

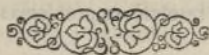
—Y arrancándose una por una todas sus joyas, las fué repartiendo entre ellos, acompañando cada dádiva con un amante beso.

—Damas y caballeros la imitaron.

—¡Hijos! añadió María Antonieta, bendecid, bendigamos todos el nombre de Valentin Huy, ese hermoso nombre que ocupa ya un lugar inmortal en los fastos de los siglos!

¡Los circunstantes no pudieron responder porque lloraban!

ANGELA GRASSI.



LA HERRADURA.

Un labrador iba una vez con su hijo por un camino.—Mira, le dijo deteniéndose, aquí hay un pedazo de una herradura, cójelo, y guárdalo.—Ah! le contestó su hijo, eso no vale la pena de que uno se baje por ello.—El padre cogió el hierro callando y le puso en su bolsillo. En la aldea mas cercana se le vendió al herrero en diez maravedís, y compró cerezas con el dinero. Despues de haber andado un rato comenzó á calentar mucho el sol. Se hallaban en un erial y no se veia lejos ni cerca ninguna casa, ningún árbol, ni ninguna fuente. El niño desfallecia casi de sed y no podía seguir á su padre. Este dejó entonces caer como por casualidad una cereza, que levantó su hijo con mas ansia que si fuera de oro, llevándosela en seguida á la boca. Algunos pasos mas allá volvió el padre á dejar caer otra cereza, y el niño se bajó á cogerla con la misma prontitud. El padre continuó así haciéndole coger una despues de otra todas las cerezas.

Cuando se hubieron concluido y se comió el niño la última, se volvió á él su padre y le dijo:

—Mira, si hubieras querido bajarte una sola vez por la herradura, no hubieras tenido que bajarte cien veces por las cerezas.

FÁBULA.

Una mariposa y una mosca entraron en una sala.

La mosca vió sobre una chimenea un tarro de dulce, y avalanzóse á él exclamando: «Esta es la mía!»

Pero sus alas y sus patas se adhirieron tan fuertemente al borde del tarro, que no pudo hacer uso de ellas cuando quiso huir.

—Necia! murmuró la mariposa, dirigiéndose á una bugía y revolando en torno de su llama alegremente, hasta que esta devoró sus alas.

Merecemos lo que nos sucede: tan necia he sido yo en acercarme á la bugía como ella en posarse en el tarro.

No basta apartarse del precipicio en que vemos que se despeña un hombre: es preciso no ponerse al borde de otro acaso mas profundo.

La razon ha de servir de guia á la esperiencia.

(Traducción del alemán.)

Por lo no firmado: el Director y Editor propietario, P. J. de la Peña.

Editor responsable: D. Leon Moran.

MADRID: 1862.

IMP. DE M. CAMPO-REDONDO, HUERTAS, 42